

LA TRIPLE ALIANZA.

N.º 6.º

*Additur hic et justa fides, et plena pudoris
Libertas, animusque malá ferrugine purus.*
Lucan.

POLÍTICA.

Continúa el apendice comprehensivo de los documentos y memorias relativas á los derechos de la Señora infanta Doña Carlota, princesa del Brasil.

III.

Dictamen del E. S. D. Benito Hermida, del consejo de estado (entonces ministro del despacho universal de gracia y justicia), sobre la obligacion que tenía la Junta Central de reducir el gobierno del reino á una Regencia; con el qual se abrió la sesion del dia 28 de octubre de 1809.

Seria, Señores, tan inútil y fastidioso, como difícil, repetir ahora por escrito, cansando la atencion de V. EE., lo que V. EE. tubieron la bondad de oirme sobre la presente cuestión el domingo pasado; y así solo reduciré mi dictamen á lo mas preciso.

Los hombres tenían y tienen una lei, que si la observasen, de ninguna otra ni de gobierno alguno tubieran necesidad, y criados para ser felices en esta vida y en la otra, con ella sola lo conseguirían. *Ama á Dios y á tu proximo como á ti mismo*, son las breves cláusulas en que la sabidu-

2
ría de Dios. contuvo y encerró los preceptos y misterios de la moral y de la política: nadie ignora lo que desea para sí, y todos saben, por consiguiente, quanto deben á sus hermanos. Pero el hombre quedó libre, y el primer paso de su libertad fué quebrantar el coto, que se había puesto á sus conocimientos, y buscar una ciencia delinquente, arrojándose en manos de su propio consejo, y no contento con la igualdad fraternal, aspiró al dominio de sus semejantes. Al trastorno del plan de amor y felicidad que en él se cifraba, acudió próspera la mano poderosa, sujetando al hombre, rebelde á sus mandatos, al imperio y subordinación de otros hombres; estableciendo un gobierno para cada pueblo, erigiendo legisladores y dictándoles leyes que contuviesen su desenfreno, y humillasen su altivez. Así nos lo dice claramente la santa escritura en multitud de lugares; y por este divino oráculo sabemos, que al pecado de la tierra debieron su origen la multitud de príncipes que la gobiernan: *propter peccata terræ multi principes ejus*. Pero no señaló Dios con preferencia el género de gobierno que debía seguirse, como observa el célebre Bosuet, aunque el texto sagrado haga mención de varios: prueba clara de que en todos los establecidos posteriormente pueden los hombres ser felices; y como este fué el objeto siempre de un criador bondadoso con todas sus criaturas, les hizo una advertencia y dió una regla para conseguirlo indefectiblemente baxo qualquier gobierno que viviesen.

Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum. Con la justicia, dice, se elevarán los pueblos al colmo de la dicha; con el pecado serán infelices y miserables. Y por que engreídos sobre el trono, en que Dios colocó á los soberanos, no se creyesen exentos de esta regla, vejando á sus vasallos sin temor de una venganza, añade: "que por la injusticia y el dolo serán arrojados del trono, pasando á otras personas y familias el cetro": y mas particularmente á los reyes de Israel les volvía á repetir á cada paso: "si tus hijos guardasen mi lei y mis preceptos, estableceré y confirmaré en ellos la soberanía."

Instruidos de esta suerte por la divina palabra, no hai que buscar ya la causa de nuestras desgracias, y de la funesta mudanza que experimentamos, ni tampoco es menester cansar el entendimiento para indagar, cómo el gobierno actual del estado, sea qual fuere, llenará sus deseos, y ha-

3

rá la dicha de los pueblos infalible, si merecemos la proteccion del cielo. Dios reveló á los párvulos lo que ocultó de los sabios: en vano los filósofos y políticos apuraron sistemas y proyectos para hallar una forma de gobierno, que asegure á las naciones su felicidad. Este gran secreto está cifrado todo en las breves cláusulas, que acabo de referir, y aunque bien notorias á la cristiana sabiduría de V. EE. nunca bastantemente repetidas é inculcadas, especialmente quando el ateismo práctico hace los mayores progresos, contando solamente con la industria, la fuerza, y el talento humano.

Una particular aficion me llevó desde joven á leer quanto de esta materia llegó á mis manos, y una continuada observacion entre los sistemas y proyectos teóricos mas lisongeros y seductores y sus efectos prácticos, que nos presenta la historia y especialmente la moderna revolucion de Francia, obra maestra de sus filósofos, acabó de convencerme, que toda su presuntuosa ciencia no es mas que una pura vanidad, y solamente sólida la doctrina, que su orgullo desprecia, consignada en los oráculos sagrados. Pero no es mi ánimo molestar á V. EE. con ulteriores demostraciones de esta verdad, entrando menudamente á exâminar la suerte de los pueblos en las diversas épocas de sus gobiernos, y los débiles recursos de su mejor política para conseguir la soñada dicha, y evitar la ruina que les amenazaba, quando sus costumbres corrompidas y sus injusticias atraxeron sobre ellos los males, de cuyo vaticinio se burlaban; por lo que decía Tácito, que al acercarse el fin de los imperios, por mas que la política redoble sus esfuerzos para conservarlos, los reglamentos que parecen mas sabios, no solo son infructuosos, sino funestos, aumentando el mal que pretenden evitar.

Conozco, sin embargo, que el hombre desconfiado de sus fuerzas, y esperanzado solo en la proteccion celestial, no queda exento de emplear toda su actividad y energía en cooperar á los designios de la providencia: aún quando por la voz de un profeta los creyese favorables, debe cumplir la pena impuesta de buscar el pan con el sudor de su rostro. Debemos pelear, debemos luchar, y como ningún género de gobierno está especialmente condenado, según dexo expuesto, asi es preciso que procuremos perfeccionar y acomodar el nuestro, quanto sea posible, al fin que nos propusimos del mejor servicio de Dios y de la patria: por lo que juzgo de la mayor importancia el exâmen de la cuestión, que hace hoy

el objeto de esta Suprema Junta.

Ansiosos del acierto, razon es busquemos alguna guia en nuestras respetables leyes, cuya autoridad fué sabiamente citada desde la instalacion de la Junta Suprema por alguno de sus zelosos y sabios individuos; y en ellas parece hallamos que un Regente y un Consejo de Regencia, de quatro ó cinco personas, deben exercer la soberanía durante la menor edad ó incapacidad de un rei enfermo de la razon. Pero el caso presente no está provisto ni determinado: un rei que se ausenta de su reino, abdica la corona en su nombre y el de toda su familia, la renuncia en una extranjería, y entrega la nacion á sus enemigos, es un suceso enteramente nuevo, segun todas sus circunstancias, en los anales del mundo, y que no cupo ciertamente en la prevision del mas sabio legislador. La nacion, ultrajada y ofendida en sus imprescriptibles derechos, los reclama y reasume el ejercicio de la soberanía, nula é ilegalmente traspasada á una aborrecida dinastía. Es verdad que *movida á compasion por la suerte de su rei*, y la violencia que le forzó á tan funesta resolucion, *quiso volver en cierto modo á elegirle* (usando de su primitiva autoridad) *por su monarca*, y reconocerle como á tal entre las cadenas de su esclavitud; pero reservando al tiempo de su libertad y vuelta á la patria el goze de su autoridad y prerogativas de ciudadano, por un derecho de postliminio, como sucedia en Roma á todos los que se hallaban en poder de los enemigos. El gobierno supremo, y *todos los derechos de la soberanía* recayeron entretanto *plenamente en la misma nacion*, y *ninguna lei puede cohartar su voluntad en la manera de ejercerlos* por sus representantes, ni obligarla á elegir un regente que la presida y mande.

España invadida toma las armas, recobra su libertad, y adquiere su natural independendencia. "Respetad el palacio del rei que maltratais" decia yo al pueblo de Zaragoza en el dia 24 de mayo del año pasado. "No hai mas rei que nosotros", respondia á una voz la multitud, y queremos las armas para defendernos; *todos los que tienen empleos y que perder, son sospechosos de querer conservarlos, cediendo al enemigo en perjuicio nuestro*, que no tenemos mas bienes que nuestros hijos, y no queremos vayan á derramar su sangre en el norte; así deben quedar depuestos, eligiendo nosotros quien posea nuestra confianza." A corta diferencia iguales ecos resonaron en toda la península.

5

La defensa natural es á la verdad una obligacion sagrada, de que el hombre no puede desprenderse, y por consiguiente le corresponde un derecho perfecto para elegir los medios é instrumentos que juzgue mas oportunos para su conservacion; y una nacion en tal estado, abandonada á sus propias fuerzas, queda con las mas inconcusas facultades de escoger gefes para el gobierno y para las armas. El voto unánime de la capital de Aragon fué escuchado y sancionado del modo mas legal por las cortes que se juntaron de todo el reino, y el gobierno que eligió el pueblo quedó plenamente establecido, aunque el asedio de Zaragoza dió luego margen á la lei militar, igualmente confirmada por el asenso comun.

Sin tanta formalidad sucedió lo mismo en las demas provincias, y cada una eligió una asamblea soberana en quien residiese su representacion. La voluntad general de España fué mejor oída entonces, que por las cortes en que solo residian los diputados de ciertas ciudades, con exclusion de la nobleza y clero, mientras que estas juntas expresaban la voluntad de todos tres estados. Conformes todos los pueblos se reunen y forman luego una sola junta, ó un supremo senado por medio de sus representantes, en el que plenamente se depositan los derechos de la magestad, y los de toda la nacion, cuyo respeto universal sella con su obediencia la posesion mas legítima y sagrada de la soberanía en que se halla. No hai cortes mas legítimas, ni las hubo jamas, en que la representacion nacional fuese mas sólida, general y verdadera; y ciertamente que á no mirar los futuros tiempos, de que nuestra España se lisongea, para reglar los derechos y funciones del soberano, que habrá de suceder á la junta, de modo alguno eran necesarias para dar valor á las actas gubernativas y á las leyes y reglamentos nacionales, que la junta suprema juzgase oportunos al bien general. No inculco esto en vano; sé las dudas que el error ó la malicia derriban, y á las que es justo y necesario ocurrir con el discurso y la autoridad; siendo ademas un antecedente para inferir que las leyes antiguas, citadas á un tiempo por la buena fé y el artificio maligno, no tienen respeto de la junta suprema mas que un carácter de direccion, y de manera alguna coactivo.

Pero si la junta no está obligada á nombrar un Regente ni un consejo de Regencia, (qualquiera que sea la opinion del consejo de España é Indias en la consulta que le

ha dirigido sobre este asunto), no por eso debe omitirse lo que dicta mas conveniente la razon en las circunstancias actuales para el desempeño de sus gravísimos encargos.

Las menores edades de los príncipes fueron siempre funestas, y las Regencias con sus consejos llenaron la España mas de una vez de discordias y de trabajos. Dividida la autoridad, se vió tiranizado el pueblo entre los regentes y consejeros, y el príncipe menor perjudicado en sus intereses mas sagrados: asi jamas aprobaría mi dictamen un proyecto, que sería nuevo manantial de males. Conozco los graves inconvenientes de un cuerpo numeroso, en que se confunden los poderes *executivo, legislativo y judicial*, como sucede en esta junta suprema, con una intencion de tareas, un desinterés, un zelo y una conformidad increíbles, y quizas sin exemplo en corporaciones semejantes, pero por lo mismo con efectos lentos é ineficaces. Muchos pueden proyectar y pensar, mas la execucion debe fiarse á pocas manos: esta es una verdad que no necesita pruebas. Este poder debe ser activo y permanente en todas las horas del dia y de la noche, para acudir á las urgencias que lo llamen; y la junta suprema, que es siempre un cuerpo moral, una vez separada perdió (digámoslo asi) su existencia, y se desvaneció su poder hasta volver á juntarse, quedando entre tanto sus miembros en la inaccion y nulidad de sus facultades individuales. Para remediar este daño, (de cuyas consecuencias se resiente la económica gobernacion de los exércitos, y el cumplimiento de muchas órdenes y disposiciones de la junta, tomadas con grande meditacion y trabajo,) parecerá utilísima una sola cabeza á quien se fiase este poder importante. En las ocasiones urgentes acudieron á este arbitrio las repúblicas mas populares. Pero tomando un medio que llene nuestros deseos, y no tropieze en otros escollos, la junta misma podría separar una particular comision, ó *seccion executiva* de algunos de sus mas sensatos y activos individuos, que unida á su presidente tubiese privativa y absolutamente un poder comun y autorizado sobre todos los agentes del gobierno para velar su conducta, castigar la omision, vigilar en el mas exácto cumplimiento de las providencias acordadas en todos los ramos. El detalle de esta importante inspeccion, y de las facultades que es necesario ampliar á los presidentes, para que decreten y ordenen por sí solos en las urgencias que ocurran, dando luego cuenta á la comision executiva, toca á la prudente sabiduría de la junta suprema, y

no es objeto de esta discusión. Por este orden se daría á los negocios políticos de la guerra la energía y rapidez de que hoy carecen, con no menos ventaja de la administración pública; pero tal vez no será bastante para disipar las prevenciones de un pueblo, que acostumbrado á respetar solamente los objetos distinguidos con el esplendor del trono, desconoce la magestad verdadera de la nación en el cuerpo de sus representantes, cuya idea moral y abstracta no se imprime fácilmente en los que solo ven con los ojos del cuerpo.

Creo por tanto contribuiría á inflamar el entusiasmo público la dignidad y el nombre de un Regente, que podría añadirse al senado nacional, sin mas influxo directo en los negocios, que el de presidir quando gustase la junta, y autorizar con su nombre los respectivos decretos, sugeto en todas sus facultades á la autoridad nacional, que en ella reside, baxo las reglas de seguridad que se le prescribiesen, y el juramento de su observancia. En tal caso el uso y la universal de todas las naciones señala al mas próximo heredero del reino, y por fortuna tenemos libre á nuestra *Infanta Princesa Regenta de Portugal*, en cuya persona y decendencia, á falta de la familia real cautiva, se deben reunir los cetros de España y América con los de Portugal y del Brasil. Esta ventaja, siempre deseada y procurada con los enlaces que la razón de estado tenía por máxima multiplicar entre las casas de Castilla y de Portugal, es incalculable, y muy preciso evitar quanto se oponga á su logro. Si por desgracia, en castigo de nuestros pecados, fuese preciso abandonar la península, ¿de cuánta importancia no sería para el restablecimiento del imperio español en el nuevo mundo presentar á sus dilatadas y separadas provincias un centro comun de union de respeto y de grandeza, aumentada con el Brasil? Al paso que de otra suerte, perdida la España, cada una de aquellas regiones, no sin influxo de los extranjeros, se erigiría en un estado independiente; sin que la autoridad nacional española depositada en una junta pueda esperar jamas reconcentrar en sí la obediencia y sugesion de tan dispersos habitantes, que pueden formar en su seno las juntas que quieran sin mendigar las de Europa. El patriotismo é interes personal, que inflama á esta Princesa por el bien de la España, es ya notorio en esta junta suprema por sus mas cordiales protestas, y quizá podré yo añadirles un documento

(*) el mas auténtico de su sinceridad, y de que se unen de corazón y en verdad sus sentimientos con los nuestros. Todavía ¿quién sabe si una heroica resolución nos la traerá de aventurera, quando menos se piense, á tomar el gobierno de Portugal?

No me extendo mas; y aún lo hize demasiado, llevado de mi obligacion y amor á la patria, y de mi reconocimiento á la suprema junta, que con su bondad se digna pedir y escuchar mi dictamen. = B. H.

(*) Este documento es una carta particular y confidencial, escrita por S. A. R. con fecha de 3 de enero próximo pasado, á una amiga suya portuguesa, y está llena de unas expresiones que no dan ni el mas remoto lugar á temer que no fuesen dictadas por el mas cordial afecto á la nacion española, y con la sinceridad de un corazón que al tiempo de escribirla no podia imaginar el estado actual de la España, ni que llegaría jamas el caso de la presente cuestión, pues solo trataba de defender en la América del Sur los derechos de su padre y hermanos contra las maquinaciones de los ambiciosos.



CÁDIZ.

En la imprenta de la casa de la Junta.